

“Lineamientos de imbricación entre la Teoría de los Sistemas Sociales y la Etnometodología”

Debate o discusión en Teoría Social

GT 31 – Teoría Social Contemporánea

Felipe Andrés Rivera Silva

Resumen:

La siguiente ponencia se enarbola mediante el establecimiento de puntos de contacto y ejes de colaboración entre los fundamentos de la Teoría de los Sistemas Sociales desarrollada por Niklas Luhmann y los alcances praxeológicos de la Etnometodología acuñada por Harold Garfinkel. De acuerdo a lo anterior, se llevará a cabo un abordaje pormenorizado de las directrices conceptuales y operativas que comprenden ambos enfoques, en la medida que esto brinde herramientas para articular una propuesta sobre las continuidades y tensiones que emergen desde la concatenación entre dichas perspectivas. En tal sentido, y con la finalidad de ilustrar este diálogo, se considerará, particularmente, el nexo entre la emergencia comunicativa de los sistemas de interacción y las bases praxeológicas ligadas al programa etnometodológico.

Palabras Clave: Sistemas Sociales Autopoiéticos; Etnometodología; Autopoiesis Indexical

I. Fundamentos de la Teoría de los Sistemas Sociales:

En términos generales, ha sido posible advertir una marcada propensión a ilustrar el concepto de “sistema” bajo la forma de una serie definible de elementos que son viables de pormenorizar como una unidad organizada. De acuerdo a estas premisas, los sistemas se encuentran condicionados por la distinción entre el todo y las partes, en función de la cual se presupone que las relaciones entre estas últimas son lineales y acumulativas, ya que sólo así se garantiza la condición de aditividad por la cuál la suma de los procesos parciales deviene en un resultado de índole global (Laszlo & Krippner, 1998). A raíz de lo anterior, se vuelve determinante homologar dichos alcances con los argumentos acuñados por Bertalanffy (1968) respecto a la Teoría General de Sistemas, en la medida que un sistema puede ser definido como una totalidad compuesta por un entramado de partes que interactúan entre sí, las que en última instancia, configuran su emplazamiento como una entidad en sí misma. No obstante, el auge de nuevas perspectivas y enfoques de orientación sistémica se tradujo en un gradual desplazamiento de la morfogénesis y retroalimentación positiva con que estaba asociada intrínsecamente dicha teoría (Arnold, Urquiza, y Thumala, 2011). En tal sentido, una de las principales innovaciones se encontró ligada al surgimiento del concepto de “autopoiesis”, principio indefectible en la obra de los biólogos chilenos Humberto Maturana y Francisco Varela (1995), y el que dice relación con la capacidad de los sistemas para autoproducir recursivamente sus propios elementos, desatendiendo los recursos provenientes de su entorno.

Ahora bien, dada las inquietudes que suscitó la implementación de la autopoiesis en la Teoría de los Sistemas Sociales, Luhmann (1992; 1998; 2007) se vio enfrentado a la necesidad de generar una apropiación efectiva del concepto, para lo cual, trasladó su punto de referencia desde un plano biológico hacia uno comunicativo. Por ende, al momento de considerar las bases del programa autopoiético luhmanniano, éste requiere despojarse del sesgo ligado únicamente al metabolismo celular, proyectándose hacia los eventos comunicativos con que operan los sistemas sociales (Vemon &

Furlong, 2008). En razón de esto, la impronta luhmanniana, haciendo eco de los diferentes conceptos que buscaban alzarse como la unidad básica de la realidad social – a saber, acción, intercambio, poder, racionalidad, entre otros-, asume una postura que, en definitiva, reconoce a la comunicación como el elemento constitutivo de lo social (Brunczel, 2008).

Al instante de cotejar dichos ejes argumentativos, se vuelve determinante aprehender la comunicación como un elemento insustituible que produce realidad bajo la forma de distinciones, al mismo tiempo que, propicia que los sistemas sociales se reproduzcan mediante una operación específica, que en estricto rigor, es justamente la comunicación (Leydesdorff, 2001; 2006). De forma similar, autores como Grant (2004) creen decisivo que ninguna mención a los sistemas sociales autopoiéticos relegue su origen como dispositivos de naturaleza teórica sustentados en la diferencia, lo que dista de asimilarlos dentro de una realidad objetiva, sino que más bien, exige detallarlos como categorías de observación y de selección dúctiles.

Desde este prisma, el que se fomente la idea de sistemas que se constituyen mediante el enlazamiento constante de operaciones comunicativas, las que a su vez, se encuentran referidas a los elementos de su estructura y que reproducen su propia autoorganización sin recurrir a insumos de una fuente exógena, da cabida a que se problematicen los límites operativos que convergen en base a la distinción sistema/entorno. En efecto, lo principal en un sistema social autopoiético, dada la prioridad absoluta de mantener su antagonismo con el entorno, radica en cómo su identidad proviene de un espacio aislado de cualquier perturbación exógena, donde lo que acontece se determina internamente (Kihlström, 2012). De esta forma, los eventos y secuencias comunicativas se depuran y canalizan en función de una “clausura operativa”, la que por sí misma, se alza como una cerradura (casi quirúrgica) que ofrece la posibilidad de entrever la autoreferencialidad de cada operación realizada por el sistema (Luhmann, 1996).

Sin perjuicio de lo mencionado, cabe enfatizar que los sistemas sociales no se encuentran totalmente desligados de sus entornos. Por lo mismo, no resulta extraño afirmar cuan paradójicos son, ya que están amparados en la maximización de una autonomía que emerge a costa de un vínculo que los entrelaza con aspectos –irrestringidamente- ajenos a su autoorganización (Rodríguez y Arnold, 1999). El trasfondo de esto, invoca la idea de un ensamblaje que potencia la sensibilidad frente al entorno y la estabilidad interna que genera tal relación en el sistema. En suma, al interior de esta lógica no es posible llegar a hablar de un “ajuste” entre ambos polos, sino más bien, de una suerte de plasticidad en medio de la diferencia que da mayor asidero a las formas de diálogo entre complejidades diversas, de manera que el sistema produzca y reproduzca sentido en el entorno (Tække & Paulsen, 2010).

Desde la visión de Maturana y Varela (1995), este proceso lleva el nombre de “acoplamiento estructural”, término que fue originalmente empleado para referirse al modo en que el sistema nervioso opera como una red neuronal cerrada, la que sin embargo, participa directamente en la conservación del vínculo con su medio ambiente. En definitiva, la conducta de un sistema viviente es la realización de sus interacciones con el medio ambiente, lo que en resumidas palabras, da cuenta de su plena existencia. En el caso de los sistemas sociales autopoiéticos, este acoplamiento se fundamenta en que las irritaciones del entorno son la instancia por excelencia para generar sorpresas y oportunidades, sin dejar de atender que las perturbaciones deben ser analizadas por intermedio de las redes de comunicaciones que emergen de forma contingente. El primado de los sistemas utiliza los eventos externos a su identidad con el fin de construir o modificar sus estructuras internas, lo que se podría resumir en la siguiente frase: del ruido externo se genera el orden interno. Sin embargo, el acoplamiento estructural no presupone que el sistema esté embonado con la totalidad del entorno, sino sólo con una parte escogida de manera altamente selectiva (Lippuner, 2007).

Con atención en dichos bemoles, Robles (2002) añade que la distinción sistema/entorno corresponde a un logro únicamente atribuible al sistema, ya que mediante su autoreferencialidad, éste logra dar cuenta de la existencia del conocimiento como una construcción resultante de observaciones y

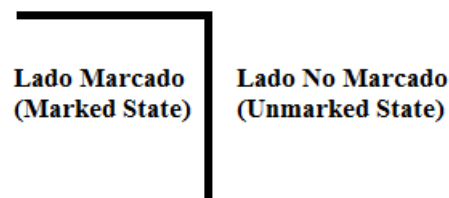
descripciones. Lo anterior encuentra pleno respaldo en lo indicado por Luhmann (1992; 1995), quien afirma que la observación se alza como el único procedimiento que garantiza la mantención de un contacto entre la realidad y el conocimiento, la creación de expectativas sobre el sentido del mundo y la estructuración de los sistemas sociales.

A raíz de esto, la observación adquiere un status incuestionable, lo que responde al hecho de cómo ésta permite identificar y describir aquello que se define como realidad, al mismo tiempo que, contribuye a reducir su complejidad. En suma, el ápice en la configuración de los sistemas sociales autopoiéticos responde, fundamentalmente, a su observación y al detalle de las operaciones recursivas que le brindan estabilidad a sus propias descripciones (Lee & Brosziewski, 2009).

En coherencia con estos planteamientos, Luhmann (1998; 2007) se inclinó por atribuirle un gran protagonismo a los observadores al interior de su teoría, distanciándose de los círculos académicos abanderados con la epistemología más tradicional, los que concensuaban que la realidad existía independiente quienes la observan como tal. Muy por el contrario, la orientación luhmanniana considera que dicho quiebre está supeditado a la nociva propensión de asegurar que la “objetividad” es un principio inquebrantable en la ciencia, en donde las propiedades de los observadores no están facultadas para terciar en las descripciones que estos mismos construyen acerca de la realidad. Por tales motivos, lo central de estos preceptos reside en disociar el conocimiento de cualquier clase de motivación personal distinta a la propia búsqueda por la verdad, es decir, de cualquier eventualidad que pudiera afectar su carácter neutral (Massé, 2007). Frente a dichas restricciones, la Teoría de los Sistemas Sociales Autopoiéticos estableció la necesidad de desechar la constante rotulación de los observadores como agentes pasivos, limitados a responder frente a un mundo que se les es distante y ajeno, como también, de criticar los solipsismos ontológicos que buscaban asegurar la imparcialidad del conocimiento (Arnold, 2006; 2010).

De esta forma, la matriz teórica y operativa que le permitió a Luhmann asignarle facultades indispensables a la observación, y por lo tanto, investir a los observadores como artífices de una serie de representaciones o interpretaciones -ya se trate de estructuras, esquemas, estrategias, discursos o formas de pensamiento-, se articuló principalmente desde las contribuciones de George Spencer Brown, con especial atención en su enigmática obra, “Las Leyes de la Forma” (1979). En este sentido, el autor postula que la observación emerge como un procedimiento doble y simultáneo que se refleja bajo el esquema distinción/indicación, el que a su vez, da origen a la codeterminación de dos lados: el lado marcado (*marked state*) y el lado no-marcado (*unmarked state*). La oposición entre ambos lados facilita la construcción de una forma, condición que puede ser ilustrada de la siguiente manera:

La Forma: El Trazado de una distinción



Fuente: Elaboración Propia

En virtud de esta figura, se hace posible evidenciar los límites operativos de los observadores, dando lugar a que se reflexione sobre su autoproducción y los alcances que posee la llamada “observación de segundo orden” (Raglianti, 2006; Robles, 2012).

Según la plataforma argumentativa desarrollada por Luhmann (1998), dicho nivel de observación se erige sobre las distinciones con las que opera un observador de primer orden, atendiendo al lado marcado y no marcado de sus observaciones. No obstante, el observador de segundo orden, al no estar facultado para indicar ambos lados simultáneamente, enfatiza la emergencia de lado no-marcado, en la medida que éste condensa las temáticas que fueron relegadas por el observador de primer orden, y que por lo tanto, permanecen irrastrables para éste mismo. De allí que uno de los axiomas constitutivos de la observación de segundo orden corresponda al siguiente: si el observador de primer orden “no ve que no ve”, el de segundo orden “ve lo que el observador de primer orden no ve”. En términos generales, es así cómo se aprehende la construcción de la realidad, es decir, como una constante aplicación de esquemas de distinciones, los que se dan a través de comunicaciones recursivas entre observadores de primer y segundo orden (Robles, 2006).

II. Fundamentos de la Etnometodología:

Desde los entramados subyacentes a la indefectible complejidad sociocultural que Edmund Husserl (1991) le atribuye al “mundo de la vida”, como también, desde el acontecer patente de las estructuras sociales que Alfred Schütz (1993) le imputa a la construcción significativa de la realidad, es factible advertir cómo se hilvanan una serie de métodos inherentes a la “razonabilidad” del conocimiento mundano que desplegamos habitualmente en la consecución de tareas que son especificadas como rutinarias y prosaicas.

En función de dichos antecedentes, Garfinkel (1967) enarbola el primado de la Etnometodología, brindando gran énfasis a las actividades prácticas que los actores sociales realizan en la inmediatez de su cotidianeidad, evidenciando así, la construcción de esquemas operativos basados en el encuentro inmanente de los saberes y haceres que se derivan de los marcos del sentido común y la experiencia. Esto es lo que se conoce bajo el rótulo de las “Bases Praxeológicas de la Vida Cotidiana” (Robles, 1999; Toledo, 2012), rendimiento que ilustra las normas y reglas que los actores sociales emplean para dar sentido a la organización expresiva de su realidad, toda vez que se remiten al axioma del “saber-cómo-hacer”. A partir de este último, se configura un principio en que las habilidades y competencias prácticas encuentran su garantía de éxito en acontecimientos pasados, es decir, en torno a circunstancias pretéritas en que resultaron efectivas ciertas medidas de orden práctico en el contexto del diario vivir, y que al recurrir nuevamente a ellas, los actores sociales depositan confianza en que no tendrán un desenlace frustrado (Harris, 2000).

Frente a tales nociones, la Etnometodología se define como una “sociología de la práctica” (Zimmerman & Pollner, 1971), enfocada en develar las habilidades y destrezas que los actores sociales emplean para naturalizar sus labores cotidianas, en tanto se blanden como el engranaje básico de su realidad. De este modo, la actualización heurística de la vida cotidiana está ligada a la puesta en uso de actividades encarnizadas –*embodied*, diría Garfinkel- y sobreentendidas, las que por estar bajo el manto de lo obviedad, se reconocen como tautológicas. En virtud de dichas consideraciones, el punto arquimídeo de la Etnometodología se fundamenta en las propiedades observables de las actividades sociales, haciendo hincapié en las constelaciones de sentido y las arquitecturas de acción profana que nos ayudan, a todos(as) y cada uno(a) de nosotros(as), a resolver distintos problemas cotidianos sin mayores inconvenientes (Pollner, 1974). Mediante esto, Garfinkel (1996a) indica que la ejecución de los métodos prácticos, como eventos primigenios del orden social, corresponden a un elemento insustituible en el devenir contingente de los actores sociales. Ahora bien, tal premisa comprende hacer hincapié en dos ejes básicos del Programa Etnometodológico (Garfinkel, 1996b):

- (1) La raigambre indexical de las expresiones humanas: cada evento, concepto, categoría, acto, actividad, práctica, etc.; se encuentra determinado(a) por su uso contextual (temporal y espacial). En tal sentido, emerge un repertorio de expresiones y elementos lingüísticos que se

remiten, de manera directa o indirecta, a la situación misma en que se realiza la expresión. Así, los adverbios de lugar (aquí, acá, allá) y de tiempo (ayer, ahora, mañana), al igual que, los pronombres personales (yo, tu, él, nosotros), posesivos (mío, tuyo, nuestro, vuestro) y demostrativos (esto, aquello), se fungen como medios situacionales de referencia. Sin embargo, estos últimos no tienen un sustrato empírico directo al cual se pueda recurrir, ya que adoptan contenido y significación únicamente en el contexto de su ejecución.

- (2) La naturaleza reflexiva de los *accounts*: en la medida que la acción se plantea como un mecanismo recursivo, en donde los recursos lingüísticos configuran un modelo al que deben ceñirse las futuras acciones, surgen explicaciones prácticas que disipan la imprecisión y vaguedad de las actividades mundanas que considera el lenguaje. De esta manera, se enhebran un sinnúmero de *accounts*, es decir, procedimientos que en nuestra vida cotidiana nos mantienen ocupados(as) e interesados(as) en percibir, recoger y describir ciertos acontecimientos para poder comunicarnos con los demás acerca de éstos mismos. En efecto, los *accounts* son tematizados en la obra de Garfinkel como una apropiación significativa de las actividades cotidianas, con atención en su procesamiento reflexivo como vivencia comunicada.

A la luz de dichos alcances, se urden interrogantes sobre cómo examinar la objetivación metódica de la realidad que los actores sociales fomentan a través de sus actividades prácticas, al mismo tiempo que, la estabilización de los procedimientos interaccionales que surgen desde las expresiones cotidianas. No obstante, Garfinkel (2002) es categórico al señalar que la Etnometodología se distancia de los cánones rígidos y de las pretensiones de generalización que manifiesta la sociología convencional, razón por la cual, objeta los aforismos al interior de esta disciplina. De allí que el basamento etnometodológico discorra en lo imprescindible de la praxis social, asignándole relevancia a temáticas defenestradas por las investigaciones más heterodoxas: la organización metódica y secuencial del lenguaje cotidiano (Gardner, 2004).

Mediante lo anterior, la Etnometodología desarrolla un abordaje riguroso y prolijo de los turnos de habla que emergen desde las interacciones verbales cotidianas, lo que concluye por alzarse como la principal divisa investigativa en la obra de Garfinkel y sus discípulos: el Análisis Conversacional. En términos generales, dicha herramienta se orienta a pormenorizar los fenómenos psicosociales que brindan sentido a la estructura social, y en última instancia, a la propia sociedad (Atkinson & Heritage, 1984). Por su parte, Hutchby & Wooffitt (1998) afirman que el Análisis Conversacional tiene la particularidad de desmenuzar integralmente el lenguaje mundano, al punto de atravesar toda la gama de formas de hablar existentes y posibles de tomar registro. En esta misma línea de argumentación, existen posturas que comienzan a hilar aún más fino y sostienen que “la procedencia del análisis conversacional puede ser extendida al estudio de la charla y las diversas disposiciones que asume el cuerpo en torno a los gestos, las posturas, las expresiones faciales y las actividades en el curso de las innumerables formas de hablar en la interacción” (Büscher, 2005: 121). A raíz de tales argumentos, el Análisis Conversacional exige dos labores cruciales: el registro y la transcripción. En cuanto a la primera, se articula un quehacer metodológico familiarizado con el uso de grabadoras de audio y/o cámaras de video, con el propósito de conservar las interacciones cotidianas en tiempo real y sortear su inexorable transitoriedad y fugacidad (Robles, 2011). En cuanto a la segunda, se extiende la necesidad de privilegiar “el “cómo” de los modos de hablar, por encima del “qué” de estos mismos, para de forma subsiguiente, desarrollar un altamente detallado análisis de las métodos cotidianos utilizados en el habla” (Ashmore & Reed, 2000: 5-6).

A modo de añadidura, tal nivel de profundidad reclama el uso de semánticas específicas que construyan, reconstruyan y deconstruyan la oralidad en la idea de representaciones escritas. Este procedimiento implicará que la transcripción asuma un carácter literal y fidedigno, al igual que, un orden meticuloso que de cuenta del inicio y término de las interacciones (Bucholtz, 2007). Desde esta óptica, es necesario referirse a una de las contribuciones más gravitantes al interior del Análisis

Conversacional: El Sistema de Notaciones de Transcripción, desarrollado por Gail Jefferson (2004). Tal dispositivo busca captar la presencia de los signos y símbolos a lo largo de las interacciones, establecieron como aspectos básicos a considerar: a) la pronunciación de las sílabas, y b) la modulación de los sonidos gestuales de cada una de las frases que consideran las interacciones cotidianas. Con esto, se pretende incluir las aristas verbales que no capta la escritura, cuestión que se evidencia en que cuando hablamos, no necesariamente seguimos las reglas gramaticales o de puntuación, sino que nos autocorregimos en el camino y rectificamos nuestros dichos en la medida de lo posible (Have, 2002). Es así como nuestro hablar está colmado de “errores”, los mismos que nos permiten trasladar el discurso hablado a la escritura en el ejercicio de la transcripción, haciendo eco de lo dicho tal cual fue expresado por los actores sociales.

III. Lineamientos de Imbricación:

En orden a ilustrar los puntos de contacto y los ejes de colaboración entre la Teoría de los Sistemas Sociales Autopoiéticos y la Etnometodología, se hará hincapié en la emergencia comunicativa de los sistemas de interacción con respecto a las bases praxeológicas ligadas al programa etnometodológico:

Desde el entablillado operativo de la sociedad moderna, los sistemas de interacción detentan la particularidad de operar al margen de lógicas de diferenciación ajenas a su propia complejidad, al mismo tiempo que, con una gran independencia de los sistemas funcionales, pretendiendo no ser aleccionados por éstos (Arnold y Robles, 2000). Sin embargo, y teniendo presente los alcances del acoplamiento estructural, resulta perentorio mencionar que los sistemas de interacción no se encuentran plenamente aislados, ya que pueden manifestar diversas prestaciones acopladas con otros sistemas de interacción como también a los sistemas funcionales, sin que con ello se vea afectada su autoorganización interna (Robles, 2002).

Asimismo, cabe precisar que los sistemas de interacción se caracterizan por ser intrínsecamente dúctiles, sensibles y permeables -en términos comunicativos-, orientados puntualmente a autorreproducir microdiversidad contingente que les permita alcanzar un autoordenamiento como generadores de novedad y/o sorpresividad (Robles, 2010). A partir de estos fundamentos, los sistemas de interacción reformulan su distinción sistema/entorno en base al código presencia/ausencia, a la vez que, se constituyen mediante un repertorio de programas-temas que se ubican en horizontes semánticamente específicos (Figueira, 2006).

Por otro lado, el engranaje de los sistemas de interacción nos remite al ámbito de la doble contingencia (Luhmann, 2007), con especial atención en el siguiente principio: en toda comunicación se verifica que Alter debe comunicar algo, y sólo entonces, Ego puede comprender, aceptar o rechazar tal comunicación. En este sentido, los sistemas de interacción depositan su estabilidad en la comunicación que Alter, ya sea desde una experiencia o acción, logra fomentar una correspondiente experiencia o acción en Ego, puesto que si se da alguna diferencia en estos ámbitos, es eventualmente posible la constatación de incongruencias y disociaciones en la comunicación, y por ende, en aquello que mantiene el orden social (Vanderstraeten, 2002). Por lo mismo, la complejidad de la sociedad descansa sobre la complejidad de los sistemas de interacción.

Ahora bien, estos argumentos permiten ahondar en cómo operan las interacciones, es decir, el modo en que seleccionan sentido a partir de las formas simbólicas, los gestos, las reglas y las actividades que los sistemas de interacción engloban bajo el contexto de actividades prácticas al interior de la vida cotidiana, las que responden ineludiblemente al fenómeno de la indexicalidad de la que habla Garfinkel (1996a, 1996b).

Por intermedio de esto, los sistemas de interacción pueden ser vinculados con un autocondicionamiento indexical, es decir, con comunicaciones secuencializadas sobre las explicaciones

prácticas –*accounts*- que subyacen al contexto de la vida cotidiana. En estos términos, el devenir autoreferencial de los sistemas de interacción se articula en función de la indexicalidad presente en el uso práctico y reflexivo de las expresiones mundanas, lo que finalmente, estabilizaría su distinción sistema/entorno. De esta forma, la autopoiesis de los sistemas de interacción corresponde a un autopoiesis *sui generis* en la sociedad, la que Robles (2006) ha denominado como “autopoiesis indexical”. De acuerdo a este concepto, dicho autor ha precisado que la secuencialidad de las expresiones y la articulación de los turnos del habla permanecen habitualmente en la opacidad, motivo por el cual, es necesario utilizar una observación de segundo orden que contribuyera a visibilizar dichos eventos comunicativos. En tal sintonía, dicha observación la brindaría el paradigma investigativo del Análisis Conversacional, entendido más que como una simple herramienta metodológica, sino como el insumo por excelencia para desplegar observaciones concernientes a los sistemas de interacción (Robles, 2011).

Sin embargo, y dada la hipercomplejidad de este tipo de sistemas, la distinción entre la observación de primer y segundo orden experimenta un giro radical, el que puede ser entendido mediante el llamado “Acuerdo r de la comunicación” (Robles, 2006; 2010), constructo que entrelaza dos ejes: el “Factor r de la Comunicación” (Baecker, 2002) y el “Teorema de la Identidad” (Garfinkel, 2002). El primero de estos ejes, basado en el cálculo de la forma de Spencer Brown (1979), sostiene que cuando un observador de primer orden traza una distinción e incluye en el lado marcado de su observación (*marked state*) aquello que le resultó interesante, el observador de segundo orden contempla la distinción de éste último, e incluye en su propio lado marcado lo que quedó en el lado no marcado (*unmarked state*) del observador de primer orden. Básicamente, la idea central de este argumento corresponde al modo en que la distinción entre un observador de primer y segundo orden se basa en la emergencia del concepto de “identidad”, entendido como un principio tácito que consta de tres secuencias comunicativas: 1) la indicación; 2) la objeción y 3) un acuerdo sobre la identidad que emerge desde la contingencia de las secuencias anteriores.

Al efectuarse dichas secuencias, el observador de segundo orden comunica sus observaciones bajo el nombre de “objeciones de contingencia”, poniendo sobre la palestra los casos en que el observador de primer orden indicó interés, y aquellos en que podría haber indicado algo completamente opuesto. Dicho de otra manera: cuando el observador de primer orden relega al olvido su lado no marcado (*unmarked state*), éste pasa a convertirse en el lado marcado (*marked state*) que el observador de segundo orden debe indicar para dar cuenta de la contingencia de las selecciones del observador de primer orden. Lo trascendental de esta premisa dice relación con establecer que todo observador de segundo orden es, simultáneamente, un observador de primer orden.

Desde el segundo de estos ejes, conocido bajo el rótulo del “Teorema de la Identidad” (Garfinkel, 2002), recurso conceptual que ilustra el modo en que la amplia gama de sucesos que se dan al interior de la realidad social se encuentran concatenados indiscriminadamente a sus respectivos *accounts*, es decir, sistemas de intercambio de explicaciones prácticas que se reproducen autorrecursivamente un orden significativo en el mundo social. En tal escenario, si los *accounts* son descripciones de descripciones prácticas, su configuración indexical (Garfinkel, 1996b), es decir, el contexto específico de disposiciones externas preexistentes en que tienen lugar tales descripciones, ofrece la posibilidad de vislumbrar los contenidos del lado no marcado (*unmarked state*) de las distinciones con que operan los observadores de primer orden, el que según lo indicado previamente, se convierte en el lado marcado (*marked state*) de los observadores de segundo orden.

De manera similar, autores como Yu Cheng (2012) han establecido que la Teoría de los Sistemas Sociales Autopoiéticos y la Etnometodología, a pesar de encontrarse -desde una lectura superficial- muy distantes, sus formas de entender los procedimientos que hacen factible la autoobservación de la sociedad moderna, son bastante similares, ya que tanto para Luhmann como para Garfinkel, dicha posibilidad se vincula al principio de la reflexividad. Para ambos autores, dicho

concepto se refiere a un proceso dinámico, continuo y autoreferencial. En el caso de la Teoría de los Sistemas Sociales Autopoiéticos, la reflexividad se liga con la distinción sistema/entorno, mientras que para la Etnometodología, con las explicaciones prácticas o *accounts*.

Por tanto, el concepto de reflexividad se abstiene de ser una mera proyección o reflejo. Sin ella, los actores sociales –para Garfinkel- o los observadores –para Luhmann- no pueden entrever lo que oculta el conocimiento práctico desplegado en la vida cotidiana.

Bibliografía:

- Arnold, M. (2006). Lineamientos para un programa sociopoiético de investigación. En I. Farías y J. Ossandón (Eds.), *Observando Sistemas: Nuevas apropiaciones y usos de la teoría de Niklas Luhmann* (pp. 219-240). Santiago: Editorial Ril/Fundación Soles.
- Arnold, M. (2010). Constructivismo Sociopoiético. *Revista Mad*, 23, 1-8. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Arnold, M. y Robles, F. (2000). Comunicación y Sistemas de Interacción. *Revista Mad*, 3. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Arnold, M., Urquiza, A., Thumala, D. (2011). Recepción del concepto de autopoiesis en las ciencias sociales. *Revista Sociológica*, 26(73), 87-108.
- Ashmore, M. & Reed, D. (2000). Innocence and Nostalgia in Conversation Analysis: The Dynamic Relations of Tape and Transcript. *Forum: Qualitative Social Research*, 1(3).
- Atkinson, J. M. & Heritage, J. (Eds.) (1984). *Structures of Social Action. Studies in Conversation Analysis*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Baecker, D. (2002). Lenin's Twist, or the R-Factor of Communication. *Soziale Systeme*, 8(5) 88-100.
- Bertalanffy, L. von (1968). *General System theory: Foundations, Development, Applications*. New York: George Braziller.
- Brunczel, B. (2008). *The Structure of Niklas Luhmann's Theory of Society and its Relevance for Political Philosophy*. Tesis doctoral no publicada, Faculty of Arts, Eötvös Loránd University, Budapest, Hungary.
- Bucholtz, M. (2007). Variation in transcription. *Discourse Studies Review*, 9(6), 784-808.
- Büscher, M. (2005). Social Life under the microscope? *Sociological Research Online*, 10(1).
- Figueira, R. (2006). A ocorrência de influência externa em sistemas sociais Autopoiéticos: os processos sobrecomunicativos. En I. Farías y J. Ossandón (Eds.), *Observando Sistemas: Nuevas apropiaciones y usos de la teoría de Niklas Luhmann* (pp. 179-218). Santiago: Editorial Ril/Fundación Soles.
- Gardner, R. (2004). Conversation Analysis. En A. Davies & C. Elder (Eds.), *The Handbook of Applied Linguistics* (pp. 262-284). Oxford: Blackwell.
- Garfinkel, H. (1967). *Studies in Ethnomethodology*. New Jersey: Englewood Cliffs.
- Garfinkel, H. (1996a). ¿Qué es la Etnometodología? *Revista de la Academia*, (2), 81-109.
- Garfinkel, H. (1996b). Ethnomethodology's Program. *Social Psychology Quarterly*, 59(1), 5-21.

- Garfinkel, H. (2002). *Ethnomethodology's Program: Working Out Durkheim's Aphorism*. Lanham, MD.: Rowman & Littlefield.
- Grant, C. (2004). Uncertain Communications: Uncertain Social Systems. *Soziale Systeme*, 10(2), 217-232.
- Harris, S. R. (2000). The Social Construction of Equality in Everyday Life. *Human Studies*, 23(4), 371-93.
- Have, P. ten (2002). Reflections on Transcription. *Cahiers de praxematique*, (39), 21-43.
- Husserl, E. (1991). *La crisis de las ciencias europeas y la fenomenología trascendental*. Barcelona: Crítica.
- Hutchby, I. & Wooffitt, R. (1998). *Conversation Analysis: Principles, practices and applications*. Cambridge: Polity.
- Jefferson, G. (2004). Glossary of transcript symbols with an introduction. En G. H. Lerner (Ed.), *Conversation Analysis: Studies from the first generation* (pp. 13-31). Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- Laszlo, A. & Krippner, S. (1998). Systems Theories: Their Origins, Foundations, and Development. In J.S. Jordad (Ed), *Systems Theories and A Priori Aspects of Perception* (pp 47-74) Amsterdam: Elsevier.
- Lee, D. & Brosziewski, A. (2009). *Observing Society: Meaning, Communication, and Social Systems*. New York: Cambria.
- Leydesdorff, L. (2001). *A Sociological Theory of Communication. The Self-Organization of the Knowledge-Based Society*. USA: Universal-Publishers
- Leydesdorff, L. (2006). The biological metaphor of a second-order observer and the sociological discourse. *Kybernetes*, 35(3), 531-546.
- Lippuner, R. (2007). *Zum Begriff der strukturellen Kopplung in Luhmanns Theorie sozialer Systeme*. Documento de trabajo, Departamento de Geografía, Universidad de Bonn.
- Luhmann, N. (1992). *Teoría de la Sociedad*. México: Universidad de Guadalajara.
- Luhmann, N. (1995). *Social Systems*. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Luhmann, N. (1996). *Introducción a la Teoría de Sistemas*. México: Anthropos.
- Luhmann, N. (1998). *Complejidad y Modernidad. De la unidad a la diferencia*. España: Trotta.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México: Herder.
- Massé, C. (2007). Complejidad y transdisciplinariedad en la epistemología dialéctica-crítica. *Revista Quivera*, 9(2), 309-322.
- Maturana, H. y Varela, F. (1995). *De máquinas y seres vivos. "Autopoiesis": la organización de lo vivo*. Santiago: Universitaria.
- Pollner, M. (1974). El razonamiento cotidiano. En F. Díaz (Comp.), *Sociologías de la Situación* (pp. 131-163). Madrid: La Piqueta.
- Raglianti, F. (2006). Comunicación de una observación de segundo orden: ¿Cómo puede seleccionar el investigador sus herramientas? *Cinta de Moebio*, 27. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.

- Robles, F. (1999). *Los Sujetos y la Cotidianeidad. Elementos para una Microsociología de lo Contemporáneo*. Talcahuano: Ediciones Sociedad Hoy.
- Robles, F. (2002). Sistemas de Interacción, Doble Contingencia y Autopoiesis Indexical. *Cinta de Moebio*, 15, 339-372. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Robles, F. (2006). *Hablo contigo si tú hablas conmigo. Metódica y análisis de los sistemas de interacción*. Concepción: Ediciones Escaparate.
- Robles, F. (2010). *Los Ecos de la Vergüenza*. Consultado el 10 de Agosto de 2013, desde <http://es.scribd.com/doc/103886971/Los-ecos-de-la-verguenza-1>
- Robles, F. (2011). *El Análisis Conversacional desde la Etnometodología*. Documento de Trabajo, Departamento de Sociología, Universidad de Concepción.
- Robles, F. (2012). Dificultades y paradojas de la observación de segundo orden: Reflexiones en torno al cálculo de la forma. *Revista Mad*, 23, 15-33. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Rodríguez, D. y Arnold, M. (1991). *Sociedad y Teoría de Sistemas*. Santiago: Universitaria
- Schütz, A. (1993). *La construcción significativa del mundo social*. Barcelona: Paidós.
- Spencer Brown, G. (1979). *Laws of Form*. New York: E. P. Dutton.
- Tække, J. & Paulsen, M. (2010). Luhmann and the media. *Journal of Media and Communication Research*, 49, 1-10.
- Toledo, U. (2012). *Socio-fenomenología. El significado de la vida social cotidiana*. Hualpén: Editorial Trama.
- Vanderstraeten, R. (2002). Parsons, Luhmann and the Theorem of Double Contingency. *Journal of Classical Sociology*, 2(1), 77-92.
- Vemon, D. & Furlong, D. (2008). *Relativistic Ontologies, Self-Organization, Autopoiesis, and Artificial Life: A Progression in the Science of the Autonomous. Essay 4, Part II: A Scientific Development*. Dublin: Trinity College Press.
- Yu Cheng, L. (2012). Ethnomethodology reconsidered: The practical logic of social systems theory. *Current Sociology*, 60(5) 581–598.
- Zimmerman, D.H. & Pollner, M. (1971). The every world as a phenomenon. En J. Douglas (Ed.), *Understanding everyday life: Towards a reconstruction of sociological knowledge* (pp. 80-103). Londres: Routledge & Kegan Paul.